



TEMA 6 DE AMÉRICA HACIA EL MUNDO Y DEL MUNDO HACIA AMÉRICA



TEMA 6

DE AMÉRICA AL MUNDO Y DEL MUNDO A AMÉRICA

I. INICIO

En este tema deseamos proponer unos contenidos que permitan profundizar sobre la **dimensión universal de la Iglesia misionera en términos de cooperación**.

En esta experiencia del CAM6, deseamos **impulsar con nuevo ardor la misión ad gentes de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra**.

La misión corresponde a la identidad más profunda de la Iglesia, en cuanto está llamada a participar en la vida divina de un Dios que es misión. En efecto, Dios es así: sale de sí mismo, su amor no se contiene, su amor se desborda, sale al encuentro de todos para que todos puedan vivir la vida en plenitud. La Iglesia coopera con la misión de Dios: *“En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu”* (EG 12).

II. DESARROLLO

Hasta los confines de la tierra

De esta llamada, ¿cómo resuenan hoy en nosotros estas palabras de los Hechos de los Apóstoles: *“Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria hasta los confines de la tierra”* (Hch 1,8)? El mundo globalizado contemporáneo parece haber borrado todas las fronteras al interconectarnos a través de los mercados, las comunicaciones y las tecnologías: ¿dónde están los confines de la tierra en el mundo actual? Retomamos algunos aspectos abordados en el tema “Evangelizadores con espíritu hasta los confines del mundo”.

Las periferias

El Papa Francisco nos señala una pista cuando nos habla de las “periferias existenciales”: los lugares de lucha por la vida, la exclusión, la marginación, la precariedad, la transgresión, la informalidad, la violencia, como la Galilea donde vivió Jesús, y donde hoy viven las víctimas y sobrevivientes de *“un sistema social y económico que es injusto en su raíz”* (EG 59).

La misión, ayer como hoy, necesita situarse proféticamente en estos contextos. Hablar de misión es hablar también, y esencialmente, de *territorios*, de contextos, de lugares en los márgenes de un sistema, donde la Iglesia experimenta un desplazamiento fundamental en su percepción del mundo y un compromiso evangélico con un proyecto de mundo global más justo y solidario.

Las fronteras

Más allá de las periferias están las fronteras. Las fronteras ya no son márgenes, sino límites entre un territorio y otro, umbrales entre dos identidades, dos pueblos, dos culturas.

Aunque vivimos en un mundo sin fronteras, para los pobres estas fronteras representan vallas infranqueables.

Las fronteras son reales y crueles para millones de migrantes y refugiados, pero también son simbólicas e imaginarias para millones de otros excluidos: se erigen vallas (in)visibles para separar clases sociales, segmentos ideológicos, grupos de interés, culturas, razas, géneros, generaciones y todo tipo de fragmentación y diferencia.

Pero también es cierto que estas vallas verticales, una vez derribadas, pueden convertirse en puentes: las fronteras se convierten así en un lugar de comunicación y reciprocidad, un pasaje para ir y venir y construir nuevos vínculos y nuevas relaciones.

Los confines

Los confines mismos van más allá de las periferias y las fronteras: no están *dentro* de los perímetros, ni *en las* líneas divisorias, sino *más allá* de los horizontes que conocemos. Los confines nos impulsan a entrar como peregrinos en las casas de los demás.

Para los discípulos misioneros, “nada humano puede parecerles extraño” (Dap 380). Este impulso nos impulsa a salir de nuestros mundos, no por un deseo de conquista, ni por un capricho aventurero, sino por el más simple espíritu de servicio a la vida.

El Espíritu de Cristo hace nacer un “corazón sin fronteras, capaz de superar las distancias de origen, nacionalidad, color o religión” (FT 3), capaz de abandonar “todo deseo de dominio sobre los demás” (FT 4) y de soñar juntos “como una sola humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como

hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, pero fratelli tutti” (FT 8).

La misión hoy

Nuestra tradición eclesial nos ofrece elementos muy ricos que nos ayudan a afrontar una misión hasta los confines de la tierra en términos proféticos de inserción, anuncio, testimonio, opción por los pobres, liberación, inculturación, diálogo, participación y servicio al Reino de la Vida. El “cómo” vamos a los extremos, a las fronteras, a las periferias, concierne a la calidad evangélica de nuestra misión, a su coherencia en términos de capacidades y competencias, y a las motivaciones más profundas de nuestra fe.

Ad Gentes: ir a los pueblos

En primer lugar, hay que salir e ir: ¡ponerse en camino sin demora y sin vacilar (Mt 4,21-23)! No hay encuentro con los pobres y con los demás si no hay acercamiento, si la Iglesia misionera no corre el riesgo de “tomar la iniciativa sin miedo, de salir al encuentro” (EG 24). Este “salir hacia los demás” (EG 46), este “ad” gentes, “no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y a los enfermos, a los que a menudo son despreciados y olvidados” (EG 48), es crucial para que el Reino se realice en la transformación de una sociedad más humana.

La misión es esta: no podemos esperar a que la gente venga a nosotros, tenemos que salir a su encuentro y anunciarles la Buena Nueva allí donde están. Este principio parece casi obvio. Sin embargo, en la práctica, la Iglesia siempre ha tenido la tentación de esperar a que la gente acuda a ella, enviando a sus delegados a convocar a estas personas, sin involucrarse en un movimiento de salida

e insertarse en las situaciones que quería evangelizar.

Inter gentes: encuentro entre los pueblos

Después del acercamiento, el segundo reto es hacer que el encuentro se lleve a cabo: este encuentro es siempre una gran experiencia de aprendizaje. La misión como aprendizaje nace de la convicción de que el anuncio del Evangelio se realiza en *reciprocidad* con nuestros interlocutores, porque la gracia de Dios actúa también en ellos. No sabemos todo sobre el misterio de Dios, y el mensaje de Jesús es siempre algo que está por debajo de nuestra comprensión. El papel de cada interlocutor en el contexto del diálogo misionero implica la circularidad de la comunicación, la acogida, el discernimiento, el testimonio, la alabanza, donde todos los sujetos implicados aprenden y se evangelizan a partir de las experiencias de vida de cada uno.

Nuestras iglesias necesitan ir a las fronteras de su conocimiento, de su comprensión, de sus certezas, de su modo de ser, y buscar nuevas formas de evangelizarse a sí mismas y a los demás: *“Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios”* (EG 272).

El Documento “Diálogo y Anuncio” del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (1991) afirma lo siguiente:

“La plenitud de la verdad recibida en Jesucristo no da a los cristianos individuales la seguridad de que han asimilado plenamente esa verdad. En última instancia, la verdad no es algo que poseemos, sino

una persona por la cual debemos dejarnos poseer. Es, por tanto, un proceso sin fin. Manteniendo intacta su identidad, los cristianos deben estar dispuestos a aprender y recibir de los demás y a través de ellos los valores positivos de sus tradiciones” (DA 49).

Cum gentibus: habitar con los pueblos

Después del acercamiento y el encuentro, la misión nos llama a habitar los confines. Habitar significa más que quedarse: significa tejer lazos de pertenencia, *sentipensar* desde el terreno del otro, *corazonar* con la realidad del otro, vivir intensamente la vida cotidiana del otro, prestar algún tipo de servicio al otro. En otras palabras, dejar que los confines habiten en nosotros.

Habitar significa también sumergirnos, tocar con la mano el desencanto, las divisiones, los conflictos y las laceraciones producidas por la diáspora fronteriza, enraizada en la historia, en el cuerpo y en la vida cotidiana de las mujeres maltratadas, de los migrantes desposeídos, de los trabajadores explotados, de los ancianos desasistidos, de los jóvenes desesperanzados, de las familias sin hogar, de millones de personas agraviadas por razones de género, raza, etnia, clase social que viven en la carne la violencia colonial.

Por eso, los confines, así como las fronteras y las periferias, no son un lugar fácil para vivir, porque en estos extremos los enviados por Jesús están llamados penitencialmente a descalzarse y desaparecer, viviendo y aprendiendo a acercarse a condiciones de olvido, injusticia e inhumanidad.

Omnes gentes et omnes creaturae: todos los pueblos y todas las criaturas

Una misión hasta los confines de la tierra

no puede ser promovida adecuadamente sin una conexión con una mística universal, que suscite la compasión por la humanidad en su conjunto, por todos los pueblos y todos los seres vivos:

“El mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. (...) Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad” (LS 240).

No se trata de promover un falso universalismo abstracto, como presunto pretexto para homogeneizar, nivelar y dominar (cf. FT 100). El fundamento de esta mística universal es simplemente lo humano y lo cósmico: *“darse cuenta de cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en toda circunstancia”* (FT 106), y alimentar *“la conciencia de que cada criatura refleja algo de Dios y tiene un mensaje que transmitirnos”* (LS 221).

Toda misión encarnada en una realidad debe estar conectada pluriversalmente con las causas mayores: el cuidado de la Madre Tierra, la solidaridad con otros pueblos y la integración con las más diversas

dimensiones de la vida. En este sentido, la misión busca siempre una inserción en lo local en comunión con lo global (cf. FT 142), y una interconexión entre las dimensiones: personal, relacional, social y cósmica (cf. LS 91, 117, 138, 240).

La Cooperación Misionera

La misión es una identidad y una acción eminentemente eclesial, nunca individual o voluntaria. Se trata siempre de un envío comunitario y de una participación-comunión-articulación entre diversas personas, entidades y organizaciones.

Hoy, la misión a todos los pueblos se presenta básicamente como “cooperación misionera”: una misión pluriversal, sinodal e intereclesial en salida.

Cooperación con la misión de Dios

Dios es el primer misionero: quien renace en él se convierte en misionero. Todo bautizado, por tanto, está llamado a entrar en esta *“corriente de actividad sobrenatural”* (CM2): la misión inserta todo nuestro ser en el misterio divino y el misterio divino, profundamente vivido, nos hace verdaderamente misioneros.

Esto significa que el concepto de *“missio Dei”* quiere revelar a un Dios trinitario que está realmente activo y efectivamente presente en la historia de la humanidad. La Iglesia no continúa la misión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: la Iglesia coopera con la misión de Dios (cf. EG 12).

San Pablo afirma que *“somos colaboradores de Dios”* (1Co 3,9), mientras que el último versículo del Evangelio de Marcos dice: *“Salieron y predicaron por todas partes, y el Señor cooperó confirmando la Palabra con los signos que la acompañaban”* (Mc 16,20). Hay una cooperación recíproca entre Dios y

nosotros, porque también Dios – decía Pablo VI – necesita misioneros, ya que evangelizar es esencialmente contacto humano (cf. *Audiencia general*, 6 de agosto de 1969).

Cooperación entre las iglesias locales

La mayor novedad del Vaticano II fue la recuperación de la Iglesia local en su esencia fundamental y en su protagonismo apostólico. En ella está “toda la Iglesia”, aunque no sea la Iglesia toda. La Iglesia sólo existe concretamente a partir de las Iglesias locales (LG 23).

La llamada Iglesia universal no es una Iglesia por encima de las demás, ni una suma de Iglesias locales, y menos aún la *totalidad* de la Iglesia, sino una *comunidad* de Iglesias, unidas por el espíritu de catolicidad y, por tanto, de cooperación entre ellas.

El Concilio también pone a las Iglesias locales como protagonistas de la misión, porque de hecho la misión *ad-gentes*, aunque definida en su actividad característica de primer anuncio, es siempre la tarea primaria de toda Iglesia, tanto en su contexto sociocultural (AG 20a) como fuera de él, cooperando con otras Iglesias (cf. AG 20h; LG 23). Esto define a una Iglesia en permanente estado de misión dentro y fuera de su territorio.

Cooperación entre interlocutores

En el pasado, las “misiones extranjeras” eran acciones planificadas por la Iglesia universal, desde el exterior. Consistían en enviar misioneros “profesionales” de Europa a tierras paganas, con la tarea de fundar iglesias con rostro y cultura europea.

En este sentido, la misión *ad gentes* fue de hecho el brazo espiritual del colonialismo. El Papa Francisco insiste a menudo en superar la práctica misionera colonial. La misión no debe convertirse en cómplice del robo de las almas de los pueblos (cf. FT 14). Además, la misión debe establecer un diálogo con los “interlocutores” y no con los “destinatarios” del Evangelio.

Las líneas maestras para una auténtica misión cristiana son las siguientes: ser huéspedes peregrinos en las casas de los otros, aprender de nuestros interlocutores, escuchar, pedir permiso, reconocerlos como protagonistas de su camino de fe.

Cooperación sinodal

El tema de la sinodalidad – caminar juntos – está íntimamente ligado al del espíritu misionero. Es crucial entender la misión como la base de la propuesta cristiana, donde lo esencial no es una vida compartida entre nosotros, sino una misión asumida en común.

“Caminar juntos” es importante porque el mundo contemporáneo nos exige un testimonio de comunión, fraternidad y diálogo, y también necesitamos asegurar una mayor eficacia en nuestras acciones con una mayor coordinación y sinergia.

Pero no es sólo por eso: la misión está llamada en los tiempos actuales, no tanto a situarse en el ámbito de la actividad y de las grandes obras, sino sobre todo en el ámbito de las relaciones, porque la tarea fundamental que tenemos que cumplir es abrir nuevos caminos de escucha y cercanía, tejiendo lazos de confianza y amistad, en alianza con los diversos

proyectos de vida de los pueblos, para que todos tengan vida, y vida en abundancia.

La sinodalidad misionera es una invitación a caminar junto a todos los pueblos.

Cooperación universal

“El mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los Continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras” (Dap 376).

Cada iglesia americana debe encontrar su propio camino sin preocuparse demasiado por compararse con otras iglesias que están más estructuradas y tienen más recursos. Sin embargo, necesitamos encontrar estos caminos, necesitamos trabajar duro para que nuestras comunidades cultiven profundamente ese espíritu católico que está convencido de que: *“la gracia de la renovación no puede crecer en las comunidades si cada una no expande el campo de su caridad hasta los confines de la tierra y se preocupa tanto por los que vienen de lejos como por los que son sus propios miembros” (AG 37).*

Cooperación institucional

Ciertamente, pensar en la cooperación intereclesial a nivel mundial, mirando a las necesidades de las Iglesias repartidas en los cinco continentes, es pensar en la necesidad de organismos de coordinación y articulación como las Obras Misionales Pontificias. Estos organismos eclesiales encargados de *“dirigir y coordinar en todas partes las iniciativas y actividades de cooperación misionera” (CM 3)*, insertos en el Pueblo de Dios, están llamados a animar a las comunidades eclesiales hacia una corresponsabilidad con la misión universal de la Iglesia a través de la oración, la comunión de los bienes y el envío de misioneros.

La misión en sus fronteras más desafiantes, donde la comunidad local está expuesta a muchas dificultades, donde necesita ayudar en innumerables situaciones, donde tiene recursos mínimos para su propia subsistencia, es siempre una carga que debe ser asumida con la comunidad más amplia. La Iglesia, por tanto, que elige estar junto a los pobres y a los excluidos en las periferias y en las existencias globales, necesita tener las condiciones mínimas necesarias para viabilizar su presencia y sus servicios, garantizados por la cooperación misionera institucional.

La cooperación como proyecto de vida

Sin embargo, la contribución más significativa a esta dinámica eclesial es el envío y el compromiso de misioneros de una Iglesia a otra. No hay nada más expresivo que el testimonio del don de la vida.

En la tradición católica, la vida religiosa consagrada siempre ha brillado en la historia por su dedicación misionera en las situaciones más difíciles, que exigían un alto grado de inserción e inculturación.

Hoy en día, no está excluido para todas las personas y todos los estados de vida participar

en la misión ad gentes y más allá de las fronteras, incluso por breves períodos, y así tener la oportunidad de compartir la fe y el amor de Dios con otras personas de otros pueblos, participando en el camino de otras Iglesias.

“Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones” (EG 120).

III. CIERRE

De América al mundo y del mundo a América

La Encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II insiste en la cooperación misionera como participación intereclesial de todo el Pueblo de Dios en la misión universal de la Iglesia, derecho y deber de todos los bautizados, promoviendo también una dinámica circular de reciprocidad, para que la misión no sea una calle de sentido único entre un benefactor y un beneficiario:

“Cooperar en la misión no solo significa dar, sino también saber recibir. Todas las Iglesias particulares, jóvenes y antiguas, están llamadas a dar y recibir de la misión universal, y ninguna debe encerrarse en sí misma” (RMi 85).

Esta reciprocidad e intercambio son elementos típicos de la misión entendida como cooperación. Pero esto significa mucho más: la misión se realiza sólo en un trabajo conjunto, eminentemente eclesial y sinodal.

Nuestra América necesita misioneros de otros continentes, no sólo porque la misión ad gentes y los confines de la tierra están en medio de nosotros, sino también porque la presencia de otros nos enriquece mucho.

Nuestra América también necesita enviar sus misioneros a otros continentes, porque hay Iglesias mucho más necesitadas que la nuestra y pueblos que merecen toda nuestra atención, nuestro afecto y nuestra colaboración.

Esta circularidad permite que cada iglesia local no se encierre en sí misma, sino que colabore en la realización de una comunión y sinodalidad universal efectiva, aprendiendo a trabajar juntas, dándose a sí misma y recibiendo de los demás:

“Frente a la tentación de las comunidades de encerrarse en sí mismas – es una tentación muy frecuente, demasiado frecuente de encerrarse en sí mismas –, preocupadas por sus propios problemas, la tarea de las organizaciones misioneras es exhortar a la misión ad-gentes, testimoniar proféticamente que la vida de la Iglesia y de las Iglesias es misión, y es misión universal” (Francisco, Discurso del Santo Padre a los participantes en la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias. Roma, 17 de mayo de 2013).

FICHA DE TRABAJO DE AMÉRICA HACIA EL MUNDO Y DEL MUNDO HACIA AMÉRICA

I. ELEMENTOS ORIENTADORES DEL CAM6

- **Texto bíblico:** Jesús dijo a sus discípulos: «Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.» (Hechos 1,8).
- **Tema:** Evangelizadores con Espíritu hasta los confines de la tierra
- **Lema:** América, con la fuerza del Espíritu, testigos de Cristo
- **Objetivo:** Impulsar con nuevo ardor la misión *ad gentes* de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra.
- **Himno:** Testigos de Cristo Vivo
Cantemos juntos el coro...
*¡Mira cómo se aman! ¡Mira cómo caminan!
América, con la fuerza del Espíritu.
América, testigos de Cristo Vivo.*

II. OBJETIVO PARA ESTE SEXTO ENCUENTRO DE TRABAJO

Objetivo específico: Profundizar sobre los nuevos paradigmas de la misión: *ad gentes, inter gentes, cum gentibus, omnes gentes et omnes creature*, reconociendo al mismo tiempo que la misión es una dinámica circular de reciprocidad.

III. ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

Nos unimos a la oración que el Papa Francisco nos regaló para este Sexto Congreso Americano Misionero destacando lo que nos implica en este encuentro. En los fragmentos resaltados podemos realizar un breve momento de silencio para profundizar en la oración. Durante o luego de culminada la oración, pueden compartir alguna resonancia que haya tocado su corazón.

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con
obras;
ayúdanos a redescubrir nuestra vocación de
bautizados
para dar un nuevo impulso a nuestra acción
misionera
proclamando, como ellos, la alegría del
Evangelio.
Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para renovar
la faz de la tierra,
lastimada por la injusticia y el sufrimiento;
danos fortaleza para caminar, como pueblo
de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero
Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al
mundo.
Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de
evangelización
para ofrecer a Cristo a toda la humanidad;
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y
providente,
**SEAMOS SIEMPRE TUS DISCÍPULOS
MISIONEROS
HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA.**

Amén.

IV. TEXTO ILUMINADOR

«El Espíritu Santo vendrá sobre ustedes y recibirán su fuerza, para que sean mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (1,8).

“Cooperar en la misión no solo significa dar, sino también saber recibir. Todas las Iglesias particulares, jóvenes y antiguas, están llamadas a dar y recibir de la misión universal, y ninguna debe encerrarse en sí misma” (RM 85).

V. SÍNTESIS BREVE DEL MARCO TEOLÓGICO

“En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él, e impulsarnos con la fuerza del Espíritu” (EG12). Partiendo de esta primicia y que la misión corresponde a la identidad más profunda de la Iglesia, en cuanto que está llamada a participar en la vida divina de un Dios que es misión, es importante dejar resonar las palabras de los Hechos de los Apóstoles: “Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria hasta los confines de la tierra” Hch1,8. En un mundo globalizado contemporáneo las fronteras, las fronteras y las periferias, que aun existen para ciertos grupos marginalizados, se debe reinterpretar estos términos. El Papa Francisco por ejemplo nos habla de la “periferias existenciales”, esos lugares de lucha por la vida, la exclusión, la marginación, la precariedad, la transgresión, la informalidad, la violencia, como la Galilea donde vivió Jesús, y donde hoy viven las víctimas y sobrevivientes de “un sistema social y económico que es injusto en su raíz” (EG 59).

La misión, ayer como hoy, necesita situarse proféticamente en estos contextos, no esperando como quizás a que la gente venga a nosotros, sino saliendo a su encuentro. Si buscamos un poco en nuestra tradición eclesial podremos encontrar allí elementos muy ricos que nos ayudan a afrontar ese llamado a ir hasta los confines de la tierra en términos proféticos de inserción, anuncio, testimonio, opción por los pobres, liberación, inculturación, dialogo, participación y servicio al Reino de la Vida.

Profundicemos un poco en los elementos que debe considerar la misión en la actualidad para que responda a los desafíos de nuestro mundo:

Ad gentes: Ir a los pueblos

En primer lugar hay que salir, ¡Ponerse en camino sin demora y sin vacilar! (Mt 4, 21-23) No puede haber encuentro con los pobres y con los demás si no hay acercamiento, si la Iglesia misionera no corre el riesgo de “tomar la iniciativa sin miedo, de salir al encuentro” (EG 24).

Inter gentes: Encuentro entre los pueblos

Después del acercamiento, el reto es hacer que el encuentro se lleve a cabo, un encuentro es siempre una gran experiencia de aprendizaje. La misión como aprendizaje nace de la convicción de que el anuncio del Evangelio se realiza en reciprocidad con nuestros interlocutores, porque la gracia de Dios actúa también ellos. No sabemos todo sobre el misterio de Dios y el mensaje de Jesús es siempre algo que está por debajo de nuestra comprensión. “Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios” (EG 272).

Cum gentibus: Habitar con los pueblos

Después del acercamiento y el encuentro, la misión nos llama a habitar con los confines. Habitar significa más que quedarse: tejer lazos de pertenencia, sentipensar desde el terreno del otro, corazonar con la realidad del otro, vivir intensamente la vida cotidiana del otro. En pocas palabras, deja que los confines habiten en nosotros.

Por eso, los confines, así como las periferias y las fronteras, no son un lugar fácil para vivir, porque estos extremos los enviados por Jesús están llamados penitencialmente a descalzarse y desaparecer, viviendo y aprendiendo a acercarse a condiciones de olvido, injusticia e inhumanidad.

Omnes gentes et Omnes creaturae: Todos los pueblos y todas las criaturas

Por último, una misión hasta los confines de la tierra no puede ser promovida adecuadamente sin una conexión con una mística universal, que suscite la compasión por la humanidad en su conjunto, por todos los pueblos y todos los seres vivos:

“El mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. (...) Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas... (LS 240).

Igualmente es importante resaltar que la misión es una identidad y una acción eminentemente eclesial, nunca individual o voluntaria. Se trata siempre de un envío comunitario y de una participación-comunión-articulación entre diversas personas, entidades y organizaciones, es por eso que se presenta actualmente como una “cooperación misionera”, cooperación con la misión de Dios, entre las iglesias locales, entre los interlocutores, cooperación sinodal, universal e institucional. El Papa Francisco al respecto nos dice: *“Frente a la tentación de las comunidades de encerrarse en sí mismas, es una tentación muy frecuente, demasiado frecuente de encerrarse en sí mismas, preocupadas por sus propios problemas, la tarea de las organizaciones misioneras es exhortar a la misión ad gentes, testimoniar que la vida de la Iglesia y de las Iglesias es misión, y es misión universal”.*



VI. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Exhortando a los discípulos a ser sus testigos, el Señor resucitado les anuncia a dónde son enviados: “a Jerusalén, a toda Judea, a Samaría y hasta los confines de la tierra” nos dice el Papa Francisco (cf. Hch 1,8).

Ad gentes: Ir a los pueblos

1. ¿Somos conscientes de la necesidad de la misión al interior y al exterior de nuestras comunidades eclesiales?

Inter gentes: Encuentro entre los pueblos

2. ¿Hemos tomado consciencia que la misión hoy no puede ser vista como un proceso de “colonialismo” sino como una riqueza mutua que nos invita a dar y al mismo tiempo a recibir del otro, con un carácter de reciprocidad?

Cum gentibus: Habitar con los pueblos

Escuchando las noticias actuales, de guerras, inmigración, injusticia, explotación y pobreza.

3. ¿Somos conscientes de la importancia y la necesidad del anuncio de la Buena Nueva a los pueblos y de poder “habitar” esos confines y periferias desde una inmersión total?

VIII. ORACIÓN MARIANA

El nacimiento de Jesús (3.er Misterio Gozoso)

El nacimiento de Jesús no solo representa una alegría para la familia de Nazaret, María y José, sino que es al mismo tiempo una Buena Nueva para un pueblo oprimido, los pobres y excluidos, que siglos atrás había sido anunciado por los profetas.

Oración a María, Reina de las Misiones

Oh, María, Reina de las Misiones,
ruega por nosotros y por todos los niños y niñas del mundo.

Ayúdanos a conocer y amar a Jesús,
Ayúdanos a seguirlo y a confiar siempre en Él.

Ayúdanos a estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos y hermanas.

María, Reina de las Misiones,
te pedimos que tu Hijo Jesucristo nos guíe para ser verdaderos misioneros y misioneras,
rezando por, compartiendo con, y aprendiendo de nuestros hermanos y hermanas del
mundo entero.

Amén



ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

Puerto Rico, 19 al 24 de noviembre de 2024

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con obras;
ayúdanos a redescubrir nuestra vocación de bautizados
para dar un nuevo impulso a nuestra acción misionera
proclamando, como ellos, la alegría del Evangelio.

Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra,
lastimada por la injusticia y el sufrimiento;
danos fortaleza para caminar, como pueblo de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al mundo.

Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de evangelización
para ofrecer a Cristo a toda la humanidad;
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y providente,
seamos siempre tus discípulos misioneros
hasta los confines de la tierra.

Amén.



Diseño y diagramación



cyeimac@gmail.com